

CAPÍTULO 1

Desde el cielo muerto de la Luna, un sol indolente proyectaba luces y sombras chinescas sobre el cráter Aristarco. Marcos Hidalgo detuvo el vehículo y se ajustó el casco de su traje. Jiménez, su ayudante de postgrado, le imitó y abrió la esclusa del camión para dirigirse a la trasera y sacar el equipo de geología. Era la primera visita a las estribaciones del cráter desde que una emanación de gas radón atrajo las miradas de los astrofísicos europeos. El escape de gas había sido claramente visible para los satélites, e incluso astrónomos aficionados desde la Tierra habían advertido cambios de luminosidad en la zona con telescopios caseros. Los fenómenos lunares transitorios espolearon en el pasado la imaginación de muchos soñadores, pero ya no ofrecía secretos para la ciencia; ocasionalmente se detectaban expulsiones de gases en otras zonas de la Luna, estertores de una actividad que finalizó hace mucho tiempo y que se resistía a tirar la toalla. Aún así, a Hidalgo le sorprendió que los americanos no hubieran enviado su propio equipo de investigación a la zona. Tal vez tuvieran asuntos más urgentes de qué ocuparse.

—¿No vamos a entrar en Aristarco, jefe? —le preguntó Jiménez.

Hidalgo saltó a la gris arena lunar.

—¿Ves esa grieta de allí? —señaló con el guante lo que parecía un gigantesco farallón de roca basáltica—. El satélite indica la presencia de un gran bloque de hielo. Hay una cavidad ahí dentro en la que no da el sol. La salida de gas ha provocado un pequeño corrimiento de tierras en la zona, y una parte de hielo se ha fragmentado.

Se dirigieron hacia su objetivo; Jiménez empujaba un carrito con instrumental e Hidalgo disfrutaba de la vista, simulando que actualizaba los datos de su ordenador de pulsera. Su ayudante se adocenaba en la Luna y tenía demasiado tiempo libre para haraganear. Le vendría bien sudar un poco dentro del traje. Picaría en el hielo hasta que se le quebrase la punta o encontrase algo interesante.

Probablemente sería lo primero.

Dentro del farallón, de unos diez metros de ancho y un kilómetro de altitud, la oscuridad era total. Sólo en condiciones de sombra perpetua era posible que el hielo se conservase en la superficie; las pocas cantidades que existían se hallaban bajo tierra o mezcladas con regolito y era difícil y caro acceder a él. Una veta de hielo superficial equivalía a oro blanco, y además podría contener tesoros añadidos en su interior. Como astrobiólogo, Hidalgo nunca descartaba posibilidades por remotas que fueran. La vida es caprichosa y aparece en los lugares más extraños, como entre las nubes de ácido sulfúrico de Venus. Una estación científica europea orbitaba en aquellos momentos el planeta vecino, consagrada al estudio de formas aéreas de vida microbiana. Dos de los tres miembros del equipo eran amigos suyos y se sentía orgulloso de haber colaborado en que el laboratorio orbital de Venus fuese una realidad. Europa se había anotado un tanto en la guerra fría que la enfrentaba con los Estados Unidos desde hacía una década. A la hora de votar el proyecto, los políticos habían tenido más en cuenta la consolidación de la superioridad europea que un interés real por la ciencia, pero el objetivo ya había sido conseguido. Explotar la vena patriótica rendía resultados, y la Agencia Espacial Europea había aprendido a hacer los deberes en ese aspecto.

¿Descubrirían algún día en la Luna microfósiles de una actividad biológica pasada? Quizá dentro de alguna de aquellas cavidades heladas estuviese la respuesta. Aunque probablemente su búsqueda era tan ilusoria como encontrar canales en Marte.

Resguardados en una oquedad, un puñado de bloques de hielo resplandeció ante sus linternas, enormes huevos ocultados por una madre anónima de la depredación del sol.

Hidalgo exploró el lugar y escogió una de las vetas que ofrecía el aspecto más prometedor; dio instrucciones a Jiménez sobre lo que debía hacer y se alejó unos metros, armado de su propio instrumental que llevaba colgado del cinturón.

Se detuvo para tomar una medida de radiactividad natural con el contador Geiger, algo superior a la normal, y siguió su camino. Dentro del cráter, la lectura sería más alta, pero ese día iban a estar muy ocupados allí fuera. El radón tendría que esperar.

Una roca oscura atrajo su atención. Se arrodilló para verla mejor. Había restos por toda la Luna de un vulcanismo que se remontaba a miles de millones de años en el pasado, pero también se habían descubierto restos jóvenes, geológicamente hablando, de apenas ochocientos mil años, que se vinculaban con cambios climáticos ocurridos en la Tierra. Otra extravagancia más de la naturaleza. Los volcanes lunares eran tan improbables como la vida en Venus, pero habían existido hasta épocas recientes, y nadie garantizaba que siguiesen callados para siempre.

Se dispuso a tomar una muestra cuando la voz alterada de Jiménez restalló en su casco.

—Debería venir aquí cuanto antes.

—¿Es importante? Ahora estoy ocupado.

—Mejor que lo decida usted mismo —dijo su ayudante enigmáticamente, y cortó la comunicación.

Hidalgo volvió sobre sus pasos hasta el lugar en que Jiménez se hallaba arrodillado, frente al bloque de hielo que debía analizar.

—¿Qué ocurre?

—No se lo va a creer, jefe —Jiménez se apartó, vacilante—. Esto... no sé cómo explicarlo. Es sorprendente.

Hidalgo se agachó y enfocó la linterna.

—No veo nada —dijo.

—A su izquierda.

Grabado en el hielo con toscas letras mayúsculas, leyó: «Verdú estuvo aquí antes que tú».

Jiménez estalló en carcajadas.

—De qué te ríes. No le veo la gracia.

—No tiene sentido del humor. La doctora Verdú y usted... —se interrumpió—. Tiene una llamada.

—Ya veremos si te quedan ganas de reír cuando hayas terminado de picar aquí.

Hidalgo pulsó un botón en el antebrazo de su traje, aceptando la llamada. Era del observatorio lunar Galileo. Trataban de pasarle una llamada del director del Instituto Astrofísico de Canarias, pero debía ser a través de un canal codificado.

Abandonó el farallón y regresó a la cabina del vehículo. Al teclear su clave personal, el arrugado rostro de Romero apareció en la pantalla.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —le espetó el director del IAC—. Llevo media hora intentado hablar contigo.

—Salí de excursión a Aristarco. Parece que hemos encontrado una reserva de hielo.

—Ah, sí —Romero se frotó la nariz—. Lo había olvidado. Me pasaron el informe esta mañana, pero apenas le eché un vistazo —se acercó confidencialmente al foco de la cámara—. Tengo para ti algo más jugoso.

—Te escucho.

—Vas a ir a Titán.

Romero callaba, esperando una reacción.

—No parece muy entusiasmado —añadió al ver que Hidalgo no contestaba.

—Te advierto que no estoy para bromas.

—Yo no bromeo con estas cosas. Tu nombre se baraja en la agencia espacial desde hace meses, pero no acababan de decidirse. Temían que fueses mayor para esta misión; algunos piensan que cuarenta y cinco años es demasiado.

—Quizá tengan razón —respondió él, sin creer todavía a Romero.

—Sí, pero eres el astrobiólogo más joven con experiencia de vuelo que tiene la AEE. Chevakiniski ha cumplido cincuenta y ocho y Didier se va a pasar al sector privado.

—¿Qué me dices de Casella?

—Sufrió un accidente de moto la semana pasada. Tiene para tres meses. Los demás son jóvenes, pero no tan buenos como tú. No podemos enviar a Titán a cualquier niñato.

—Nuestros muchachos de Venus son excelentes. Tú y yo los preparamos personalmente. No estarían allí si no fueran los mejores.

—Irás tú —zanjó Romero—. Y no se hable más.

—A la orden —sonrió Hidalgo.

—Maldito terco, te estoy ofreciendo la oportunidad de tu vida y todavía te lo piensas —Romero desvió su atención hacia un punto fuera de la cámara. Alguien había entrado en su despacho, pero lo ahuyentó con rapidez—. El tiempo se nos echa encima. La próxima nave de relevo a Venus no estará lista hasta dentro de tres meses y la AEE no puede demorar tanto la partida del *Lorentz*.

—Creí que habían militarizado el proyecto.

—En parte. Cuatro de los siete tripulantes serán oficiales del ejército, y la misión irá comandada por un coronel, pero el control de la misión recae en la agencia espacial europea. Todo lo relacionado con el *Lorentz* es alto secreto, ya lo sabes. Si aceptas, se te explicarán los detalles en la propia nave.

—No estoy seguro de ser la persona idónea. Titán es un destino estimulante, desde luego, pero mi trabajo aquí comienza a dar sus frutos.

—¿Estás rechazando? —Romero alzó una ceja escéptica.

—Dame tiempo para pensarlo.

—La doctora Verdú no lo necesitó. Dijo sí inmediatamente.

Hidalgo abrió mucho los ojos.

—¿Ella va a ir?

—Está ansiosa por embarcar en el *Lorentz* y ya se ha trasladado a la zona de lanzamiento de La Palma. Despegará mañana mismo.

—El viaje a Titán dura un año. De ninguna manera aguantaría con ella al lado.

—Iréis hibernados. Es una tecnología que ya hemos empleado en algunos viajes a Marte, para ahorrar costes. El trayecto a Titán es muy largo y se ha ajustado la carga para

ahorrar víveres y oxígeno; de otra forma, la misión costaría el doble, y no habríamos podido tenerla lista a tiempo.

—Marte es un viaje de tres meses. La agencia europea nunca ha hibernado a sus astronautas por un tiempo mayor que ese, que yo sepa.

—Cuando despiertes, ya habrás llegado a la órbita de Saturno, así que ni te enterarás. Un par de semanas allí y antes de que te des cuenta estarás de nuevo en el observatorio Galileo.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme?

—Dábamnos por supuesto que aceptarías de inmediato —Romero reflexionó—. Doce horas.

—Conforme —Hidalgo iba a apagar el monitor, pero antes preguntó—. ¿Quién será el tercer científico de la tripulación?

—Te recibo con estática. ¿Qué has dicho?

—Que quién será el... —unas sospechosas líneas de interferencia aparecieron en la pantalla.

—Llámame... doce hor... seguiremos en cont...

La comunicación se cortó. Romero le estaba ocultando algo. ¿Quién podría ser el tercer investigador? ¿Alguien peor que la doctora Verdú?

En el observatorio Galileo tenían que saber algo. La broma de Jiménez era un indicio de que sus compañeros estaban al corriente y se lo habían ocultado. El afectado siempre es el último en enterarse. Canallas.

Llamó por radio a su ayudante.

—Has tenido suerte —dijo—. Deja de picar y regresa al camión. Volvemos a la base.

Sus colegas habían organizado una pequeña fiesta para celebrar la noticia. Alguien sacó una botella de cava, introducida en el observatorio de contrabando, y repartió vasos de plástico entre los astrónomos.

Hidalgo todavía tenía dudas de que hubiera algo que celebrar.

—Deberíais guardar la botella para otra ocasión —dijo—. Todavía no he dicho que sí.

—Iré en tu lugar si rechazas —dijo Baldini, subdirector del observatorio.

—¿Eres el siguiente en la lista?

—No hay un siguiente en la lista. Irás tú porque es la misión para la que te has preparado durante toda tu vida. La Luna se te ha quedado pequeña, Hidalgo. Titán es la nueva frontera y tu puesto está allí.

—La presencia de vida microbiana no está confirmada.

—Por eso quieren que vayas a sacarnos de dudas. Tú dedícate a hacer ciencia y que los militares se encarguen de... bueno, de la otra parte.

Un silencio incómodo revoloteó entre los congregados, marchitando el ambiente festivo.

—Los americanos llevan allí tres meses —dijo Hidalgo—. Y no han logrado regresar.

—Son unos ineptos. ¿Qué puedes esperar de ellos?

—Nadie sabe lo que ha sucedido. Los Estados Unidos mantienen un silencio hermético sobre sus astronautas. Al *Lorentz* podría ocurrirle lo mismo.

—¿Tienes miedo? Creí que era Ana Verdú la que te hacía dudar.

—Ella no me preocupa. La conozco bien, sé cómo dominarla.

—¿Entonces?

—No hay fama sin riesgo —intervino Jiménez—. Si rechaza se arrepentirá el resto de su vida, jefe.

—Están atrapados pero no quieren ayuda —siguió Hidalgo, como si no le hubiese oído—. ¿Por qué?

—Es su gobierno el que no quiere ayuda —le replicó Baldini—. Se niegan a reconocer que han fracasado. Para América es humillante que los europeos viajemos a Titán y de paso rescatemos a sus supuestos superhombres. Preferirían dejarlos morir.

—No me lo creo. ¿Qué hay de la opinión pública? El electorado americano no perdonaría a su presidente que hiciese eso.

—El control político de los medios de comunicación en Estados Unidos es total. El presidente Dobson maneja a sus votantes como quiere. Desde que llegó a la Casa Blanca hace diez años, no hay libertad de prensa en ese país.

—La política de secretismo hace más daño a Dobson que si hubiese contado la verdad —dijo Hidalgo—. Debería contar a los votantes qué ha ocurrido.

Miró a los reunidos, en busca de apoyo a sus palabras. Baldini se limitó a llenarle el vaso de cava.

—Dentro de un año volverás aquí y nos lo contarás —dijo el italiano—. Nosotros también queremos saberlo.

Y si no vuelvo, te quedarás definitivamente con mi empleo de director del observatorio, pensó Hidalgo. Siempre saldrás ganando.

Se arrepintió de inmediato de aquel pensamiento mezquino. Sus amigos se alegraban de su suerte y él sospechaba de ellos. Tenía miedo, era cierto. Se había acomodado a su puesto y no le apetecía marcharse de allí. Había mucho que hacer en el observatorio; eran líderes en la detección de planetas extrasolares y el mes pasado identificaron dos pequeños mundos a quinientos años luz de distancia, uno de ellos dotado de atmósfera primordial. Además, coordinaba la investigación de Venus y había diseñado junto con un equipo de ingenieros un prototipo de sondas penetradoras que se introducirían en el subsuelo de Venus en busca de cavidades que albergasen vida. La Agencia Espacial Europea ya había dado su visto bueno y el proyecto sería aprobado probablemente por el gobierno.

Sus colegas de la Tierra le envidiaban. Más de uno se alegraría si no regresaba de Titán.

Ana Verdú, su principal competidora, habría sido la primera que lo festejaría, pero ella había aceptado ir. Hidalgo no podía soportar esa idea.

Apuró su vaso y se marchó a su despacho a meditar. La construcción del *Lorentz* había estado jalonada de dificultades. En un principio, los europeos cogieron la delantera a los americanos en la carrera a Titán; los módulos del navío espacial habían sido elevados a la órbita y ensamblados sin incidentes, pero se produjo una explosión al probar los

motores. La sala de máquinas se desprendió del resto de la estructura y la partida tuvo que ser pospuesta. Hubo que revisar el diseño y construir un nuevo generador nuclear, además de reparar los desperfectos que causó la explosión en los otros módulos. Un tiempo precioso que los americanos aprovecharon para terminar la construcción de su propia nave, el *Cronos*, más ligera y barata que la europea, que enviaron a toda prisa a Titán.

El descubrimiento de microbios en la helada luna de Saturno no era motivo suficiente para que europeos y americanos hipotecasen sus economías en aquella carrera frenética. Evidentemente, había algo más, pero pocos lo sabían. Ésa era una de las causas por las que el proyecto había sido parcialmente militarizado. La otra obedecía a estrictas medidas de seguridad. El accidente del *Lorentz* podía haber sido provocado por un espía americano, y aunque se investigó a cada uno de los que participaron en el proyecto, el ministerio de Defensa asumió más control sobre el programa, en prevención de futuros sabotajes.

No los hubo. El *Lorentz* estaba nuevamente ensamblado y a punto de partir a su destino. Únicamente faltaba la tripulación, cuatro oficiales y tres científicos. Podía haber sido peor; la tripulación americana sólo contó con un planetólogo, Eric Denison. El resto fueron militares.

Llamó a Romero.

—Iré.

—Estupendo. Prepara tus cosas, máximo diez kilos de equipaje. Un transporte te recogerá mañana. Te transferiré un fichero que especifica el equipo de que dispondrás para tu trabajo. Si necesitas algo más, comunícalo enseguida.

—Lo haré, pero ahora que he aceptado necesito saber quién es el tercer científico de la misión.

—Bueno, científico, lo que se dice científico... Verás, hemos tenido que hacer concesiones. El dinero, ya sabes.

—No, no sé. ¿Quieres hablar claro?

—La agencia ha recibido presiones de todas partes; nos hicieron una oferta que no pudimos rechazar —sonrió sin ganas—. Un tipo del gobierno consideró que un personaje popular vendría bien para acercar nuestro trabajo a los

ciudadanos y... joder, me hace tan poca gracia como te hará a ti. Mira, ya está hecho. Lo conocerás cuando subas a bordo. Despegará mañana con la doctora Verdú en la misma lanzadera, y llegará al *Lorentz* casi al tiempo que tú.

—¿Es alguien que yo conozca?

—Pues no lo sé. ¿Ves mucha televisión?

—No.

—Entonces, con un poco de suerte no sabrás de quién se trata.

CAPÍTULO 2

El transbordador espacial soltó amarras tan pronto Hidalgo cruzó la esclusa de entrada, mochila en mano. La compuerta debía quedar libre para que los técnicos de mantenimiento siguiesen pululando en sus trajes de presión alrededor del *Lorentz*, como hormigas solícitas alrededor de su reina, a la que acicalaban para la partida. A su izquierda, el globo terrestre ofrecía una imagen espectacular de la India, parcialmente cubierta por densos rebaños de nubes. A la derecha, alejada un par de kilómetros, una lanzadera del ejército vigilaba con atención. El sistema orbital europeo de misiles se encontraba en estado de alerta, dispuesto a repeler cualquier agresión americana o de otra potencia hostil, pero no se habían producido sucesos de interés desde el accidente que destruyó el generador de la nave, y de eso hacía más de un año.

Hidalgo no se sentía cómodo. Era consciente de los peligros que rodeaban la misión y el hecho de que fuera a viajar en estado de coma hasta Saturno no ayudaba a tranquilizarle. Prefería el viejo método de ir despierto, aunque fuera más caro. Claro que si el dinero saliese de su bolsillo, seguramente opinaría de otro modo.

Una mujer de treinta años, si bien aparentaba poco más de veinte, flotó hacia él por el corredor de entrada y le dio la bienvenida. Se trataba de Irina Veselkova, capitana rusa del ejército europeo. Su brillante pelo negro estaba cortado al estilo castrense, a idéntica longitud que el resto de sus colegas.

Vestía mono gris oscuro y zapatillas, el uniforme de faena de los militares. La mujer lo guió hacia el módulo de mando para presentarlo al resto del equipo. Karl Reiss, coronel alemán que frisaba los cincuenta, de rostro enjuto y cabello gris, se encontraba frente a una consola y no prestó mucho interés a su llegada. A su lado le auxiliaba un hombre de unos treinta años llamado Lev Stravrovo, teniente ucraniano de aspecto jovial y piel bronceada. Reiss apenas concedió a Hidalgo un saludo de cortesía y le adelantó que reuniría al equipo de científicos cuando todos estuviesen a bordo, para anunciarles algo. La lanzadera de Ana Verdú tardaría todavía cuatro horas en llegar a la órbita, así que disponía de este tiempo para familiarizarse con la nave y dejar sus cosas.

El cuarto militar era Nazrul Santharam, alférez enviado por el gobierno indio, pero se encontraba fuera con el equipo de mantenimiento. Aunque la India no pertenecía a la federación europea, mantenía lazos privilegiados de cooperación y había mostrado gran interés por aquella misión, contribuyendo con una elevada suma de dinero para que uno de sus astronautas viajase a bordo.

Hidalgo dejó su mochila en la taquilla y, pastoreado por Irina, penetró en el módulo destinado a sala de estasis, donde permanecerían la mayor parte del viaje. Contó once nichos. Puesto que la tripulación del *Lorentz* ascendía a siete personas, le preguntó a Irina a quiénes estaban reservados los demás.

—Si queda algún americano vivo cuando lleguemos a Titán, lo traeremos de vuelta —informó ella, con una sonrisa condescendiente.

Hidalgo pulsó un botón y su cámara de hibernación surgió de la pared con un siseo metálico. Miró al interior. La idea de un féretro pasó por su mente y le produjo escalofríos.

—¿Nunca has viajado en estasis? —le preguntó Irina. Él negó con la cabeza—. Tranquilo, no sentirás nada. Es como dormir, pero sin sueños. Cuando despiertes no notarás que el tiempo ha pasado.

—Me gusta mantener el control sobre mi cuerpo en todo momento.

—En esta nave, ese capricho es imposible. Las máquinas cuidarán de ti durante el viaje.

—¿Nadie montará guardia?

—Una IA lo hará por nosotros. Si algo fuese mal, nos despertaría, y en último extremo abortaría la misión y nos traería de vuelta a la Tierra. Todos los sistemas son redundantes contra fallos. No ocurrirá nada malo, Hidalgo —señaló el interior del nicho—. ¿Quieres probarlo? —tocó el blando revestimiento interior—. Es muy cómodo.

—No. Ya tendré tiempo de disfrutar de ese acolchado tan mullido —miró a su alrededor—. ¿Dónde están los camarotes?

Irina reprimió una risa.

—Entiendo. Otro capricho imposible —dijo él, sintiéndose estúpido.

—Y completamente inútil. Viajarás hibernado durante un año. Si quieres intimidad, tendrás que esperar a que lleguemos a nuestro destino.

El envío de astronautas a Titán había sido planeado con mucha antelación. El primer paso fue el lanzamiento de una base automatizada, que se posó en paracaídas en el lugar donde los satélites captaron unas formaciones de aspecto ovoidal, que podrían ser colonias de hongos. Si el motor del *Lorentz* no hubiese sufrido el accidente que lo incapacitó, los europeos ya habrían llegado a Titán y estarían ocupando la base de avanzadilla. Pero las cosas no siempre ocurren como se planean, y los americanos se les adelantaron. Al hallarse en dificultades, se habían refugiado en la base europea hasta que llegase el rescate —violando de paso el derecho internacional, dado que el recinto era territorio europeo—, consumiendo los víveres y el oxígeno reservados para los tripulantes del *Lorentz*. Así que en esta misión tendrían que acarrear un peso extra para reponer las provisiones consumidas por los americanos. Como la nave no estaba diseñada para llevar tanta carga, se decidió economizar hibernando a la tripulación. Por lo que Hidalgo sabía, la NASA era poco aficionada a este procedimiento, aunque los datos que facilitaba sobre la misión *Cronos* eran fragmentarios y poco fiables. La llegada de Dobson a la Casa Blanca hace una década había roto los ya deteriorados lazos de cooperación entre Europa y EE.UU., y eso se notaba más en el ámbito científico, donde la vigilancia

del gobierno se estrechaba. Ni Europa compartió con los Estados Unidos la información que captaron sus satélites sobre la superficie de Titán, ni los Estados Unidos informaron a los europeos sobre lo que sus astronautas habían encontrado.

Nazrul llegó dos horas después y conversó animadamente con Hidalgo. Era un buen aficionado a la astronomía y seguía con interés los progresos del observatorio lunar Galileo en la búsqueda de planetas extrasolares. El indio, alto y espigado, desprendía un aura de actividad y alegría contagiosa. Estaba entusiasmado con la misión y en su país ya se le consideraba un héroe, aunque todavía no hubiese hecho nada para merecerlo. Cientos de miles de indios realizaban ofrendas y rezaban en los templos para desearle fortuna. Las expectativas depositadas en él eran muy altas y Nazrul lo sabía. Pero no le angustiaba. Aquella era la misión para la que había nacido, la que daba sentido a pequeños sucesos de la vida que aisladamente no tienen continuidad, pero que mirándolos desde la distancia, forman un plan global.

Hidalgo no discutió sus creencias; si le eran útiles, mejor para él. Hace tiempo se percató de que la vida carece de argumento, pero nuestro cerebro se rebela y trata de hilar un tapiz a partir de hechos aislados. En cierto modo compartía el sentimiento de Nazrul; su vida le conducía finalmente a aquel momento y eso tenía que significar algo.

Era el mejor en el campo de astrobiología, descontando a unos cuantos nombres que no estaban disponibles. No era una persona de acción, pero sabía la importancia de aquel viaje e intuía que el premio que se ocultaba al final era más suculento que el que las autoridades reconocían oficialmente.

Verdú no era tan buena como él, y de ningún modo merecía aquel privilegio. No era una bióloga brillante, pero tenía la habilidad de rodearse de gente con el talento que a ella le faltaba. Como un diabético que depende de la insulina, su organismo precisaba de reservas externas de creatividad para inyectársela y escalar puestos en el competitivo mundo de la investigación. Había labrado su carrera vampirizando el trabajo de sus colaboradores y trabando amistades con los burócratas de Bruselas, mientras sus esclavos trabajaban en el laboratorio; actualmente Verdú controlaba por sí o por

delegación los proyectos de exobiología de Marte, a los que había imprimido un tono secretista cada vez más de moda en los círculos de poder europeos. En realidad, Ana Verdú contaba con más amigos entre los militares que entre sus colegas de la Agencia Espacial Europea.

Pero mediocre no equivalía a idiota; a cambio de apropiarse del trabajo ajeno, sus colaboradores habían sido catapultados a puestos de mayor responsabilidad, de modo que no podían hablar mal de la doctora. A ella le debían su puesto de trabajo y —sospechaban— dependían de ella para conservarlo. Verdú era vengativa y anotaba todas las afrentas y deudas en una libreta que debía ser muy gruesa. Tarde o temprano, se resarcía con intereses. Mantuvo una agria disputa con Hidalgo para conseguir el mando del observatorio lunar europeo, pero la cordura se impuso y la AEE rechazó su nombramiento. Tal vez si en Galileo hubiera también un laboratorio de armas biológicas, los militares habrían impuesto a su candidata.

Abandonó la sala de estasis y pasó al módulo adyacente, dedicado a almacén. Había numeroso material en contenedores precintados y pensó que inventariar el material científico sería un buen entretenimiento. Observó las pilas de estantes y comprobó el tiempo de que disponía. No podría examinar una décima parte antes de que llegase la lanzadera de Verdú, con su misterioso acompañante.

Sacó una de las cajas y abrió el precinto. Lev apareció a su espalda.

—No deberías tocar el equipo —le advirtió.

—Es *mi* equipo —dijo.

—Ya ha sido revisado.

—¿Qué más hay en estos contenedores que no quieres que vea?

Lev sacudió la cabeza.

—Algunos componentes podrían deteriorarse si los abres. Van sellados al vacío y permanecerán en esta bodega durante un año.

Hidalgo devolvió la caja a su lugar.

—Estás nervioso —sonrió Lev—. Es natural. Ningún humano ha viajado a Saturno, excepto los americanos, y si son humanos es algo sobre lo que aún tengo dudas.

—Pero no han regresado.

—Eso parece.

—¿Por qué?

—Lo entenderás cuando llegue la lanzadera de la doctora.

—¿Ella ya lo sabe y yo no? —Hidalgo frunció el ceño.

—Todavía no le hemos dicho nada. Pero seguro que sabe sumar dos y dos.

—¿El otro pasajero, quizá?

—Tengo órdenes estrictas del coronel. Nada de ese tema hasta que la tripulación esté completa.

—¿Sabes al menos si alguien de la tripulación del *Cronos* sigue vivo? ¿O es también secreto militar?

Lev echó un vistazo a su alrededor. Se acercó a él y bajó la voz.

—Sí. Nuestros satélites han interceptado transmisiones cifradas entre Titán y la Tierra.

—Podría ser la IA del *Cronos*, que ha asumido el control de la misión tras perecer todos sus tripulantes.

—También hemos captado movimientos de personas desde la nave americana a nuestra base. Alguien ha sobrevivido.

Salieron del almacén. A través de un ojo de buey, Hidalgo contempló el globo terrestre. Un operario se cruzó de improviso en su línea de visión, sobresaltándolo. Estaba retirando el último de los andamiajes que habían recubierto al *Lorentz* durante su construcción.

—Háblame de tu experiencia de vuelo —le pidió Hidalgo.

—He viajado a la Luna una docena de veces. En Marte sólo he estado en una ocasión. Había que montar un generador y era el tipo que estaba más a mano. Pero la mayor parte de mi jornada laboral la dedico en estructuras orbitales. Irina y yo llevamos trabajando en esta nave desde el fallo en los motores. Remodelaron al personal y por eso estamos aquí. Sabemos más de este cacharro que los ingenieros que lo diseñaron.

—¿Y Reiss?

—Nos lo asignaron hace quince días.

—¿También os ayuda en el montaje?

Lev soltó una carcajada.

—Es coronel —dijo.

—Eso es un no.

—Se pasa el día en el puente de mando. Él se encarga de la coordinación del trabajo con la Tierra.

—¿Qué experiencia tiene?

—Haces demasiadas preguntas.

—No me has dejado inspeccionar mi propio material de trabajo. ¿A qué quieres que me dedique?

—Su experiencia en el espacio no llega a la décima parte de la mía, o de Irina. Pero buscaban a un oficial de alta graduación para que ostentase el mando. Reiss será tan buen comandante como cualquier otro que podrían haber puesto.

—Tal como lo dices, no suena muy halagador.

—Acabas de llegar y ya quieres enterarte de todo.

—Me gusta conocer a las personas de quienes depende mi vida.

—Ya tendrás tiempo de conocernos a cada uno —Lev recibió una llamada del puente—. El jefe no puede pasar sin mí.

El ucraniano tomó impulso y se alejó flotando con rapidez por el pasillo, como un curtido nadador de la ingravidez espacial.

No hubo mucho en qué entretenerse durante las siguientes horas; o sí lo había, pero como no se fiaban de él no le dejaban tocar nada. La espera le resultó desagradable y hasta resultó un alivio recibir a Verdú cuando su lanzadera se acopló a la esclusa.

La doctora exhibió un rostro menos avinagrado que de costumbre y hasta sonrió cortésmente.

—Será un reto que trabajemos juntos —dijo ella, con un rictus que arrugó la seca piel de su cara. Se apartó un mechón pajizo, seco, sin brillo, como era ella.

—Yo también me alegro de verla —hacía años que no se tuteaban, e Hidalgo no tenía intención de cambiar el tratamiento—. Aunque no me crea.

—No le creo —el rictus de la mujer desapareció y algo le hizo desviar la atención.

Su acompañante abandonaba la esclusa de entrada y subía a bordo. Hidalgo estaba ansioso por descubrir su identidad.

El rostro le era vagamente conocido, pero no lo identificó al primer instante. Lo había visto en la televisión, aunque no recordaba en qué programa. El interesado, sin embargo, pronto lo sacó de dudas.

—Me llamo Jean Busselo —dijo, estrechándole la mano. Rondaba la cincuentena, como la doctora, y se le notaba bastante desorientado del viaje—. Soy arqueólogo.

—Su cara me suena, pero no sé de qué.

—Presento *Civilizaciones perdidas*, uno de los programas de mayor éxito de la televisión de pago.

¿Qué era aquella misión? ¿Un circo?

—Es... es un placer —titubeó Hidalgo.

Los patrocinadores del programa habían pagado una enorme suma de dinero al gobierno para que Busselo fuese incluido como tercer científico. Alguien que merecía la plaza había sido sacrificado para hacer sitio a aquel charlatán.

—Sólo he viajado una vez a la Luna, de turismo —comentó Busselo—, y ahora voy a ir nada menos que a Titán. Me sorprendí mucho cuando me dieron la noticia. Fíjese que no he podido decir a nadie dónde iba a estar el próximo año. Mis productores han tenido que firmar un contrato de confidencialidad con el gobierno. No podrán hablar hasta mi regreso.

El coronel Reiss les llamó al puente de mando.

—Partiremos dentro de media hora —dijo, una vez que los congregó frente a él—. Cuando estén dentro de los nichos de estasis, relájense, piensen en algo bonito y cierren los ojos. La próxima vez que los abran habremos llegado a nuestro destino.

—¿Eso era lo que tenía que decirnos? —protestó Hidalgo, decepcionado.

—¿Qué más quiere saber?

—Para qué necesitamos un arqueólogo a bordo —se volvió a Busselo—. No es nada personal.

—Descuide —Busselo entornó los ojos.

—Hidalgo —suspiró Reiss—, ¿qué información le dieron acerca de la misión?

—Prácticamente ninguna.

—Exacto, así funcionan las cosas. Vayan a la sala de estasis y desnúdense antes de entrar en sus nichos. Sentirán un poco de frío y unos pinchazos; son los biodepresores, que reducirán el metabolismo de su cuerpo. Enseguida se dormirán.

—¿Cómo podemos hacer nuestro trabajo si ni siquiera sabemos para qué nos quiere la AEE?

—Lo averiguarán cuando llegemos a Titán —zanjó Reiss—. Su trabajo ahora es dormir y para eso ya les he contado lo que necesitan.

Hizo una seña a Irina, que les acompañó hasta la sala de estasis.

—Empieza a caerme mal ese tipo —dijo Hidalgo, comenzando a quitarse la ropa, que guardó en su taquilla.

—Lev y yo llevamos quince días soportándolo, así que no te quejes. Además, en tiempo subjetivo habremos llegado a Titán en un instante.

—¿Estás segura que no queda ningún residuo del sueño espacial? —Hidalgo se asomó a su féretro; cuanto más lo miraba le parecía menos acogedor—. Tengo tendencia a soñar pesadillas.

Se introdujo en el estrecho habitáculo. En cuanto estuvo completamente tendido, la cámara se replegó dentro del nicho, sin concederle una palabra de despedida. Hidalgo sintió un sofoco por todo su cuerpo que no se correspondía con el frío descrito por Reiss. Comenzó a respirar agitadamente, le faltaba el aire y el calor ascendía de sus pies a la cabeza para hornear su cerebro. ¿Cuánto tardaría la máquina en inyectarle el suero? Aquella espera era insoportable. En la oscuridad de la tumba podía escuchar sus propios pensamientos en voz alta, susurrándole al oído.

Un arqueólogo. Pies congelados. Frío. Hielo. Cielo encapotado. Un delgado hilo de claridad se hunde en una atmósfera de bilis, hiriéndola como un cuchillo de luz.

Le cuesta respirar, le cuesta pensar. Todo se vuelve lento y pesado. Los fosfenos de sus ojos se convierten en estrellas de un cosmos vacío, centellean a su alrededor.

Hasta que, finalmente, también se congelan. Desaparecen del universo.

Y mueren.

CAPÍTULO 3

La inteligencia artificial del *Lorentz* cumplió su cometido a la perfección. Durante un año, la nave había navegado en piloto automático, con ocasionales correcciones de rumbo para optimizar el acercamiento a Saturno. Tras una primera fase de aceleración siguió otra en silencio, con la nave en completa oscuridad y los sistemas al mínimo para ahorrar energía. En la tercera etapa, la IA había vuelto a encender los motores para desacelerar y situarse en órbita alrededor de Titán.

Era hora de despertar a los semivivos.

La luz regresó a los pasillos del *Lorentz* y la temperatura inició un pausado ascenso. Las cámaras de hibernación que estaban ocupadas surgieron obedientes de sus nichos. Durante un rato, nada sucedió. La IA debía controlar minuciosamente las constantes vitales de cada uno y graduar el proceso de resurrección, de forma que ninguno sufriese secuelas. Si se producía el menor fallo, podía conducir a la muerte del paciente.

Los pasajeros comenzaban a dar los primeros signos externos de vida; se removían, estiraban las extremidades, bostezaban.

Excepto uno.

La IA envió un mensaje a la Tierra, con los datos de la consola médica afectada. A la velocidad de la luz tardarían setenta minutos en llegar a la AEE; y suponiendo que contestasen inmediatamente, se necesitarían otros setenta

minutos en recibir la respuesta. Se imponía un método de actuación más rápido.

Tan pronto la doctora Verdú se incorporó de su cama, la IA le informó de que uno de los pasajeros no respondía a los estímulos electroquímicos para reanimarle.

Verdú apenas tuvo tiempo de cubrirse con una bata y buscar equipo médico para atender al paciente. Se trataba de Busselo. Estaba pálido y frío. Después de comprobar con el escáner que sus tejidos no habían sufrido daños irreversibles, lo envolvió con un cobertor eléctrico y realizó una tomografía de su cerebro. Era difícil pronosticar cuánto tiempo permanecería en coma, incluso si despertaría alguna vez. Tras ensayar sin resultado los métodos que los protocolos aconsejaban —no probados en la práctica, dado que ninguna hibernación de humanos había fracasado hasta la fecha—, envió los datos a la Tierra. Un equipo de neurólogos los examinarían y le comunicarían qué debía hacer.

Dentro de lo malo, no habían perdido mucho, pensó ella. Podían prescindir de Busselo, no aportaría nada a la misión. De hecho, sería más un estorbo que una ayuda. El ambiente de aquel arqueólogo de salón eran los platós de televisión, no la investigación científica. Sus programas acerca de la Atlántida, signos ocultos en las pirámides y galeones fantasma rescatados de las fosas abisales sólo eran basura para consumo de una masa inculta, de cuya credulidad se aprovechaban individuos como él para hacer negocio.

—Mala suerte, gilipollas —murmuró entre dientes.

—¿Qué ha dicho?

Hidalgo se hallaba a su espalda, observándola.

—Hablaba sola —dijo ella.

—Juraría que ha dicho gilipollas.

—Escuchó mal —Verdú le atravesó con la mirada—.

¿No tiene nada mejor que hacer?

—Como qué.

—Éste no es un espectáculo para mirones. Lárguese.

—Debería mostrarle más respeto a Busselo.

—Es mi paciente, no el suyo. Usted ni siquiera es médico.

—No hay que ser médico para comportarse con un mínimo de educación.

Verdú trasladó el cuerpo de Busselo a una camilla y lo condujo a la enfermería. Allí lo conectó a una unidad de soporte vital hasta que supiese qué hacer con él.

Hidalgo la siguió.

—Deje de incordiarme. Estoy trabajando —insistió ella.

—Estuve a punto de rechazar cuando me dijeron que usted vendría.

—Debió hacer caso a su primer impulso.

—Pero luego pensé que eso habría sido darle una satisfacción.

La doctora Verdú se volvió hacia él.

—No permitiré que interfiera en mi trabajo. Si tengo que hablar con el coronel, lo haré.

—Cuéntele de paso lo que le ha dicho antes a Busselo.

Reiss los llamó en ese instante para que acudiesen al puente. Iban a iniciar el descenso a Titán.

Verdú cogió apresuradamente el resto de su ropa y terminó de vestirse en el puente. El coronel, Irina, Lev y Nazrul ya se encontraban en sus puestos, operando frente a sus ordenadores.

—Separación del módulo de servicio en treinta segundos —indicó Lev.

—Muy bien —dijo Reiss—. Soltad amarras.

—Hecho.

—Cohetes vectores, impulso cinco puntos.

Una vibración estremeció el casco del *Lorentz*. Nadie se molestó en explicarles qué estaba sucediendo, pero a través del visor del puente observaron que una de las secciones de la nave se alejaba de ellos. Aquel módulo llevaba los tanques de combustible que necesitaban para el viaje de regreso; quedaría orbitando en torno a Titán y serviría de estación repetidora de transmisiones, además de cumplir otras funciones no especificadas.

Las dimensiones de la plataforma que acababa de separarse del *Lorentz* eran bastante grandes; alrededor de un cuarto de la masa total de la nave, lo cual intrigaba a Hidalgo.

—El módulo responde y maniobra para situarse en órbita sincrónica —dijo Irina.

—Perfecto. Encendido de motor primario. Vamos a bajar.

La aceleración les empujó contra sus asientos. El amarillento globo de Titán se expandió hasta abarcar todo su campo de visión, un color desvaído y sin matices apreciables.

La fricción con la atmósfera calentó el escudo de ablación, provocando sacudidas del casco. Lev, Irina y Nazrul no mostraban el menor nerviosismo y trabajaban frente a sus pantallas con tranquilidad. Reiss, sin embargo, tenía la frente perlada de sudor y miraba con aprensión los indicadores, temiendo por la integridad del casco. Un relámpago cruzó la atmósfera, describiendo un majestuoso arco azul, y aunque se hallaba bastante lejos del *Lorentz*, empujó a Reiss al borde de un ataque de pánico.

—Estabilizadores de proa —rechinó la dentadura del coronel—. No responden.

Nazrul tecléo en su consola. Los conductos habían quedado obturados por trozos de aceite congelado y Reiss no había acertado a calentarlos previamente para derretirlos.

—Ya funcionan, comandante —dijo el indio.

La nave se enderezó. Era difícil hacerse una idea de a qué altitud se encontraban. Gruesos nubarrones pardos y una espesa capa de niebla estratosférica ocultaban la superficie. La atmósfera, un cincuenta por ciento más densa que la terrestre, era turbia y oscura, bloqueando la mayor parte de la escasa luz solar. Para Hidalgo, igual podían estar a varios kilómetros sobre la superficie o a punto de alunizar.

La apertura simultánea de los dos paracaídas del *Lorentz* frenó el descenso al tiempo que el motor principal se apagaba para ahorrar combustible. Los vientos a aquella altitud eran suaves y la nave se mantenía estable. Reiss empezó a serenarse.

El radiofaro de la base europea, que les había guiado hacia el punto de descenso, destellaba ahora en luz visible. A unos cincuenta metros de la base advirtieron una mole angulosa en forma de punta de flecha roma. Se trataba del *Cronos*, la malograda nave americana. Su flanco derecho se

hallaba hundido en el hielo, como un ave con el ala quebrada tras un infausto vuelo.

El choque con la superficie de Titán fue suave, aunque no exento de problemas. El tren de aterrizaje del *Lorentz* rebotó unos centímetros en el hielo y se deslizó hacia la izquierda, como un patinador con demasiado impulso. Los garfios de anclaje se desplegaron de inmediato, deteniendo el precario movimiento de la nave.

La gravedad era similar a la que Hidalgo estaba habituado a trabajar en el observatorio Galileo, toda una ventaja para él, pero no para Verdú o Reiss, acostumbrados a los confortables sillones de sus despachos. Miró con desconfianza al coronel, cuya falta de eficacia en el mando podía haberles costado muy cara de no haber sido por la rapidez de reflejos de Nazrul. Aquel alemán desagradable era también un inepto. ¿Quién lo había puesto al mando? La misma gente que había juzgado una buena idea incluir un arqueólogo sensacionalista en la tripulación. Aunque le fastidiase reconocerlo, coincidía con Verdú en que Busselo no pintaba nada allí. Por supuesto, lamentaba su mala suerte y confiaba que se recuperase pronto, pero daba una imagen frívola que a la larga dañaría la credibilidad de la Agencia Espacial Europea.

Sabía que Romero había tratado de que el personal científico fuera el mejor, pero ni siquiera él podía hacer milagros. La influencia de políticos y militares era acusada y el impacto propagandístico pesaba en la balanza tanto o más que la consecución de logros científicos. Si la tensión con los Estados Unidos se prolongaba otros diez años, la AEE pasaría a ser una extensión del ministerio de Defensa y el observatorio Galileo se transformaría en estación militar de escucha. Ya se habían alzado en el Congreso las primeras voces que criticaban la inversión en una actividad que no rendía beneficios directos y reclamaban usar algunos radiotelescopios para el seguimiento de satélites americanos. Si los congresistas conseguían ese primer paso, lo que vendría después era fácil de adivinar.

Saturno y sus anillos no eran visibles desde la superficie en ese momento. Tendrían que esperar a un cambio en las

condiciones meteorológicas para poder contemplarlo. La escasa luz y las nubes que encapotaban el cielo hacían bastante difícil observar cualquier detalle del firmamento.

Los días en Titán eran muy largos; aquella luna empleaba casi dieciséis terrestres en completar una rotación. Por suerte para ellos, habían llegado al inicio del ciclo diurno, con lo que tenían garantizados ocho días de débil luz solar antes que la noche les alcanzase. Se vistieron con los trajes espaciales y cargaron todo el equipo que cupo en el trineo, un transporte de las dimensiones de un furgón, con ruedas y esquis que podían desplegarse o retraerse según lo aconsejase la orografía.

El trineo, conducido por Reiss, bajó por la rampa de acceso, con los demás siguiéndole a pie, portando un par de contenedores cada uno. A un centenar de metros se hallaba un edificio en forma de cono truncado de dos plantas: su hogar en aquel desierto de hielo. Ningún americano salió a saludarles.

Reiss detuvo el trineo frente a la esclusa de entrada de la base. Examinó ceñudo el dispositivo de apertura y trató de hacerlo girar.

—Lo han forzado —dijo.

Alguien había manipulado el cuadro eléctrico para anular la clave de entrada. Reiss se sentía incapaz de lograr por sí solo que se abriese. Tras un buen rato manipulando cables, resollando y maldiciendo dentro de su escafandra, llamó a Nazrul.

El indio abrió la compuerta en menos de treinta segundos.

Penetraron en la cámara estanca. La esclusa se llenó de aire, pero el indicador no marcó suficiente presión y la compuerta interior no se abrió. Aquello empezaba a complicarse, porque no podrían quitarse los trajes hasta que hubieran solucionado el problema. Nazrul tuvo que provocar otro cortocircuito para entrar al interior de las instalaciones. A ello siguió un interminable acarreo de tanques de oxígeno desde el *Lorentz* a los depósitos de la base. Como temían, los americanos habían gastado casi toda la reserva de aire, amén de las provisiones de la cocina, en cuyos estantes sólo dejaron un paquete de galletas de cereales y dos botes de leche en

polvo. Las reservas de agua estaban a cero y el interior se hallaba sucio y revuelto.

Emplearon el resto de la jornada en adecentar la base y descargar las provisiones. Busselo fue trasladado al laboratorio de biología que hacía las veces de enfermería, donde una consola médica le vigilaría a la espera de un cambio en su estado. La respuesta de los médicos de la AEE ya había llegado, pero no ofrecía esperanzas. El paciente debería seguir en la camilla hasta que su organismo reaccionase. No se comprometieron en anticipar cuánto tiempo se necesitaría, pero era posible que jamás saliese del coma.

Busselo fue rápidamente olvidado en un rincón de la enfermería. Había asuntos más importantes de qué ocuparse, y Reiss no les concedió pausa hasta que el último contenedor fue trasladado desde el *Lorentz* a la base. También repararon la esclusa de acceso, en prevención de incursiones furtivas de sus vecinos, que debían estar observándolos atentamente desde el *Cronos*, pero que no se habían ofrecido a echarles una mano para limpiar la porquería que habían generado. Reiss tampoco hubiera aceptado ayuda. Aquél era su territorio y a partir de ahora las leyes las dictaba él.

—Se supone que ésta es también una misión de rescate —le comentó Hidalgo, abordándolo en la sala de control de la base—. ¿No deberíamos interesarnos por su salud? Tal vez no estén en condiciones de salir a recibirnos y precisen ayuda urgente.

A Reiss no le gustaba que le dijese lo que tenía que hacer, y menos que le dejase en evidencia. Le lanzó una mirada hosca e hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Vaya a saludarles. Eso demostrará que tenemos educación y ellos no. Mantenga activada la cámara de su traje para que pueda ver lo que hace.

Le estaba bien empleado por hablar.

—Debería acompañarme la doctora Verdú. Ella es médica y...

—Irá usted solo. Márchese.

Hidalgo recuperó el traje espacial y salió al exterior. Ciento cuarenta grados bajo cero; una temperatura benigna

para las que regían habitualmente en Titán. Sintió un escalofrío al cerrarse la esclusa a su espalda y caminó con cautela hacia la nave de los americanos.

No se sentía bien solo, allí fuera.

Muchas incógnitas planeaban por su mente. Si hubiera algún riesgo en el exterior, ¿le habría permitido Reiss salir sin compañía? Quería creer que no, pero después de verle actuar no sabía qué pensar.

Estaban tan lejos de la civilización que la luz tardaba más de una hora en cruzar el abismo entre la Tierra y Titán. Si se producía una emergencia, nadie podría rescatarlos. El *Lorentz* era la única nave tripulada capaz de ir y volver a Saturno. Que él supiera, no había ninguna otra en reserva por si las cosas salían mal.

Alzó la mirada al cielo. Si hubiera estado en la Tierra, diría que aquellas nubes oscuras amenazaban lluvia. Pero estaban en un mundo alienígena donde no llovía agua. Todo lo más, podían esperar nieve de hidrocarburos, originados por el contacto de los gases atmosféricos con los rayos solares. Pero tendría tiempo de ocuparse de ese asunto más tarde.

Había llegado a la compuerta del *Cronos*.

¿Qué debía hacer para que le abriesen? ¿Llamar con los nudillos? Seguro que le estaban observando, si es que allí dentro había alguien con vida. Quizá debería dar media vuelta y volver con Nazrul; él era el experto en abrir ese tipo de puertas.

—¿Necesitan ayuda?

Una sombra cruzó por detrás de uno de los ojos de buey de la nave. Bueno, había alguien vivo allí dentro.

—Estoy desarmado —sonrió, alzando las manos—.

¿Podemos charlar un rato?

—Desconecte su cámara —restalló una voz dentro de su casco.

—¿Qué?

—Desconéctela y le permitiremos entrar.

Hidalgo así lo hizo y la esclusa se abrió.

Entró allí, vacilante. Qué comportamiento tan extraño, pensó mientras esperaba a que el compartimento se llenase de

aire. Se recordó que aquella gente llevaba más de un año aislada. No podía culparles hasta saber qué había sucedido.

La compuerta interior se abrió. Un hombre delgado de unos cuarenta años y sienes plateadas acudió a recibirle. Recordaba su cara: Eric Denison, planetólogo y único civil del *Cronos*.

—En nombre del gobierno americano, bienvenido a Titán —dijo el científico, estrechándole la mano enguantada.

—Gracias —Hidalgo se quitó el casco—. Estábamos preocupados por ustedes.

—Temíamos molestar —dijo Denison—. Íbamos a hacerles una visita más tarde, cuando estuviesen tranquilos.

Denison lo acompañó a la cocina del *Cronos*. Allí le esperaba Hurt, el capitán, que le recibió con frialdad.

—Han situado una plataforma de misiles sobre nuestras cabezas —dijo Hurt ásperamente, rascándose la calva. Sus ojos hundidos despertaron con su llegada y adquirieron un brillo mórbido. Escamas casposas recubrían sus cejas; evidentemente le traía sin cuidado dar una imagen presentable a su visitante. Denison, por lo menos, ofrecía un aspecto aseado—. ¿Qué se proponen?

—Es un módulo de comunicaciones.

—No es esa la información que poseo.

—Entonces ya sabe más que yo.

—Hidalgo es científico —intervino Denison—. Seguramente no tiene acceso a información militar.

—Deberían haberse quedado en la Tierra —dijo Hurt—. Mi gobierno no les pidió ayuda.

—Lo sé —asintió Hidalgo—. Y también sé que nos han negado cualquier información sobre lo ocurrido aquí.

—Fueron ustedes los primeros que empezaron a mentirnos. Las fotos de sus satélites estaban manipuladas.

—De qué está hablando.

—Quizá aún no lo sepa, Hurt —apuntó Denison.

—En ese caso, lo descubrirá muy pronto —sonrió el capitán.

—¿Dónde está el resto de la tripulación? —preguntó Hidalgo—. Latham y Mayeda viajaban con ustedes.

—Podimos rescatar restos del cadáver de Latham con un robot —dijo Hurt—. El cuerpo de Mayeda no pudimos encontrarlo.

—Me resulta difícil seguir esta conversación si no habla más claro.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —Hurt no le daba facilidades.

—Porque mi gobierno tuvo la atención de añadir cuatro nichos de estasis en el *Lorentz* para traerlos de vuelta.

—Le repito que no les hemos pedido ayuda.

—Les agradecemos el gesto —dijo Denison, tratando de no quedar al margen de la conversación—. Considerando las tensas relaciones entre nuestros gobiernos, es un detalle que apreciamos.

Hurt le miró torcidamente, advirtiéndole que no le había dado permiso para hablar.

—¿Cómo murieron sus compañeros? —insistió Hidalgo.

Denison miró a su superior, solicitando autorización. Hurt no se la concedió.

—Al menos, díganme cuándo sucedió.

—Poco después de llegar —dijo el capitán.

—¿Alguien les atacó?

Hurt soltó una estridente risotada.

—Claro que no.

—¿Entonces?

—Pregúntele a su comandante por qué han venido a Titán.

—Ya lo he hecho.

Hurt volvió a reír.

—Es usted un pobre diablo.

—A los civiles no suelen informarnos de nada —intervino Denison, solidarizándose con su colega—. Hasta que es demasiado tarde.

—¿Tuvieron que ver las muertes con el accidente del *Cronos*? —insistió Hidalgo.

—En absoluto —rechazó Hurt—. Nos estrellamos debido a un fallo técnico, pero no hubo víctimas.

—Ya que nuestras provisiones les han salvado la vida, podrían agradecerémoslo contándome más detalles.

—Quizá hubieran preferido que no entrásemos en su preciosa base y nos muriésemos de hambre. Así no estaríamos en deuda con ustedes.

—Mire, ignoro si sigue instrucciones de su gobierno para dificultar nuestro trabajo, pero le guste o no, ustedes y nosotros somos los únicos humanos que hay a mil millones de kilómetros a la redonda. Si queremos volver sanos y salvos a casa, tendremos que cooperar.

—Sensatas palabras. ¿Ha terminado?

—Sinceramente no esperaba este trato, Hurt.

—Capitán Hurt, si no le importa.

Hidalgo se levantó.

—Le acompañaré a la salida —se ofreció Denison.

Se alejaron por el corredor que conducía a la esclusa. Por el camino, Hidalgo le preguntó si su jefe siempre se comportaba así o era una pose ensayada para irritarle.

—No debería culparle hasta que conozca toda la historia —dijo el americano.

—¿Y cuándo será eso? —Hidalgo se ajustó el casco y entró en la esclusa.

—No tenga prisa en averiguarlo —respondió Denison, cerrando la escotilla.

CAPÍTULO 4

—Le dije que mantuviese conectada la cámara —le reprendió Reiss al regresar al *Lorentz*. Su comportamiento era sospechosamente parecido al de Hurt, pensó Hidalgo.

—No me hubieran dejado pasar —respondió—. ¿Lo habría preferido así?

—Eso me toca decidirlo a mí —Reiss había reunido al resto de la tripulación para que la reprimenda surtiese mayor efecto—. No vuelva a desobedecer una orden.

—Olvida que no soy un soldado ni estamos en un cuartel —recorrió con la mirada a sus compañeros; Verdú estaba disfrutando y una media sonrisa la delataba. En cuanto a los demás, no había forma de adivinar sus pensamientos; probablemente no se atreverían a discutir delante de Reiss—. Además, si pretende tratarme como a Nazrul o a Lev, empiece a descubrir sus cartas.

El coronel alzó una ceja.

—¿Cartas?

—Dos astronautas americanos murieron poco después de llegar aquí. Quiero saber por qué.

—¿Qué le hace pensar que lo sé?

—Tiene información secreta que hasta ahora se ha negado a compartir. Bien, ya estamos aquí. Si mi vida corre peligro, quiero saber a qué me voy a enfrentar.

—Se le ha contratado para una misión específica: investigar la presencia de vida microbiana en Titán. Le

garantizo que no correrá ningún riesgo mientras observe unas precauciones mínimas.

—El capitán Hurt habló de fotos de satélite trucadas.

—Le estaba tanteando a ver qué sabía. Teme que hayamos descifrado sus transmisiones con la NASA.

—¿Y lo han hecho?

—No es asunto que le incumba —Reiss se rascó el mentón, reflexivo—. ¿Qué más le dijo Hurt?

—Han detectado nuestro módulo orbital y quieren saber qué nos proponemos.

—Menudos sinvergüenzas —intervino Lev—. El *Cronos* dejó su propio módulo en órbita antes de descender.

—¿Qué le contestó? —inquirió Reiss.

—Que es una estación de comunicaciones.

—Bien.

—Supongo que si le pregunto qué es realmente, no me lo dirá.

—Exacto.

—Han traído armas a Titán. ¿Qué se proponen?

—Nadie ha dicho que hayamos traído armas.

—Tampoco lo niega.

—Estamos protegiendo los intereses de Europa. Sólo eso.

—¿Por unos cuantos microbios?

—Incluir civiles en esta misión fue un error —escupió Reiss sin pestañear—. Mirad lo que ha pasado con Busselo. No estaba preparado, su organismo no aguantó el viaje. Eso nunca había pasado con un oficial del ejército.

—Lamento contradecirle —dijo Verdú, abarcada por las palabras hirientes de Reiss—, pero la constitución física de Busselo no ha influido. Podría habernos ocurrido a cualquiera de nosotros.

—¿Cómo está tan segura, doctora?

—Busselo superó los test psicofísicos y su historial médico es inmaculado. Creo que la causa se debe a una reacción adversa del sistema neurovegetativo a los biodepresores.

—¿Y eso qué significa?

—Que la hibernación en humanos no es completamente segura. Tampoco lo es la anestesia y llevamos usándola muchos más años, pero nadie se ha planteado suprimirla porque exista riesgo para el paciente. El suero que se nos inyectó en los nichos procede de proteínas animales. Los humanos no hibernamos de forma natural, como todos sabemos. Los recursos extraídos de la naturaleza a veces nos deparan sorpresas desagradables.

—Es su opinión, doctora. Yo tengo otra distinta.

—Una opinión de profano. No sabe nada de medicina.

—¿Qué han encontrado aquí, Reiss? —Hidalgo no iba a permitir que el coronel se negase a contestarle de nuevo—. Quiero saberlo. De lo contrario, enviaré una queja formal a la AEE por el trato que estamos recibiendo.

—Lo averiguará de todos modos —intercedió Irina—. No lo torture más, comandante.

Reiss se tomó unos segundos en contestar. Su mente roma valoraba las posibilidades de que la queja de Hidalgo llegase a algún lado; eran pocas, pero no tenía necesidad de arriesgarse.

Hizo una seña a Irina.

—Acompáñale y llévate unos cuantos minibots para una exploración preliminar.

—Yo también quiero ir —reclamó Verdú.

Reiss se encogió de hombros.

—Es una zona peligrosa —dijo—. Podrá ver las imágenes desde aquí.

La doctora se lo pensó mejor y prefirió quedarse, pero Hidalgo no se dejó intimidar. Estaba harto de los engaños de Reiss, y eso que acababan de llegar.

Cubrieron el trayecto a pie. A unos trescientos metros de la base encontraron un pequeño valle donde la temperatura era más elevada y el hielo estaba agrietado. Hidalgo alzó un puñado de nieve y analizó torpemente su textura con los guantes. Había una fuente subterránea de calor cerca de allí.

Detrás de una empalizada de roca hallaron siete grandes cilindros huecos hundidos en el hielo, de cinco metros de diámetro cada uno.

—No eran colonias de hongos lo que captó nuestro satélite —señaló Irina.

Hidalgo contempló fascinado la estructura. Se asomó a una de las chimeneas y enfocó con la linterna. El pozo era bastante profundo.

—¿Por qué ocultaron la verdad?

—No lo sé —reconoció la mujer—. Supongo que para que los americanos no averiguasen lo que habíamos encontrado.

—Pero pronto enviaron su propio satélite.

—Para entonces, el *Lorentz* ya estaba a medio construir. Contábamos con ventaja inicial, aunque por desgracia no sirvió de mucho. El *Cronos* llegó primero.

—A ellos tampoco les fue útil llegar primero —Hidalgo se asomó a otra de las chimeneas y escudriñó con la linterna—. ¿Qué hay abajo?

—A eso hemos venido.

Irina abrió su maletín, que albergaba varios minirobots con microcámaras y sensores, dispuestos a entrar en acción. Un ordenador integrado en el propio maletín le permitiría controlarlos individualmente. Las teclas eran muy grandes, para que Irina pudiera pulsarlas con los dedos enguantados.

—Es hora de trabajar, chicos.

Algunos artefactos se alejaron reptando y otros emprendieron el vuelo. La AEE había diseñado diversos mecanismos a ciegas; no sabían cuál sería más efectivo para explorar los conductos y ensayaron varios prototipos con la esperanza de acertar con alguno.

No lo consiguieron. Ninguno de los minibots volvió a salir de las chimeneas. Transmitieron señales durante treinta o cuarenta segundos y finalmente se perdió el contacto. El más afortunado, uno en forma de araña, logró bajar treinta metros y enviar imágenes en infrarrojo durante minuto y medio.

—Una señal de alta frecuencia las incapacita —dijo Irina.

—¿Esa señal fue la que mató a los dos americanos?

—No creo. Por si acaso, la AEE incluyó trajes preparados para guerra electrónica en nuestro equipo.

—¿Vais a bajar?

—No queda más remedio.

—¿Qué te hace pensar que tendrás más suerte que los minibots? ¿O que Latham y Mayeda? —añadió Hidalgo, sombrío.

—El riesgo forma parte de mi trabajo. Pero si te tranquiliza saberlo, soy la última de la lista para bajar. Nazrul será el primero, y luego Lev. El coronel todavía piensa que hay ciertos trabajos que una mujer no debe hacer.

—A ti tampoco te cae bien.

—No me gustan sus formas —recogió su maletín—, pero no se lo digas a nadie. Volvamos a la base.

—Espera; ¿ésta es la única estructura artificial que habéis encontrado en Titán?

—En efecto. No parece muy impresionante, pero lo mejor está bajo nuestros pies. Las chimeneas, si realmente son eso, parecen disipadores de calor de una estructura subterránea que podría extenderse más allá de este valle.

—¿Habéis buscado en otros lugares del sistema solar?

—No se ha hallado el menor indicio de tecnología alienígena, salvo aquí. ¿Te das cuenta de la trascendencia de esta misión? Es como un sueño.

—Los americanos también debieron pensar lo mismo cuando se decidieron a venir.

Irina se le quedó mirando y sacudió la cabeza.

—¿Por qué hablas así? —dijo.

—Porque Reiss os envía a una muerte segura. Que baje él primero, si tanto le interesa descubrir lo que hay abajo.

Emprendieron el camino de vuelta a la base. Cerca de la esclusa de entrada se encontraron con Denison. El científico americano les había observado salir, desde el *Cronos*, y quería hablar con ellos.

—Conservamos en la cámara frigorífica algunos restos del cuerpo de Latham, por si desean analizarlos —se ofreció—. No recuperamos mucho, pero creo que será suficiente.

El laboratorio de la base disponía de una sala aislada mediante paredes plásticas, para trabajar con material biológico de riesgo. Hidalgo y Verdú examinaron durante horas los restos de Latham, embutidos en trajes dotados de ventilación autónoma; medio pie, un trozo de cadera y un fragmento del maxilar inferior fue lo único que quedó del americano tras bajar por una de las chimeneas. La carne había quedado carbonizada, como si hubiese sido sometido a altas temperaturas en un período breve de tiempo. Los fragmentos de su traje adheridos a los restos humanos, en cambio, estaban en bastante buen estado.

—Microondas —Verdú salió la sala y se quitó el equipo de ventilación—. La carne se carbonizó, pero las partes recuperadas del traje espacial están intactas.

—Un descubrimiento interesante —dijo Hidalgo, aliviado por quitarse el incómodo traje—. Pero estamos hablando de tecnología alienígena, la cual desconocemos por completo; así que sus conclusiones son, como mínimo, precipitadas.

—El ejército tiene medios para proteger a sus hombres de las armas de microondas. Nazrul los probará mañana.

—¿A qué tanta prisa?

—Es Reiss quien decide, no yo. El coronel debe presentar un informe completo a la AEE mañana mismo. Como usted se habrá percatado, el estudio de microbios autóctonos es secundario en esta misión.

—Denison nos ha prevenido. Deberíamos recomendar al coronel que no exponga a sus hombres.

La doctora Verdú abrió lentamente la boca, en señal de incredulidad.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto. Las chimeneas son una picadora de carne.

—¿Es que no se da cuenta de que los americanos no quieren que bajemos? Por eso le entregó Denison los restos de Latham. Quiere asustarnos.

—Quiere advertirnos.

—Es su opinión. Yo tengo claras las circunstancias de la muerte y haré mi recomendación a Reiss.

—Sabía que usted haría lo contrario de lo que yo dijera.

—Hidalgo, no sea infantil.

—Supongo que por mucho que insista no cambiará de parecer.

—Inténtelo —sonrió ella—. A lo mejor me convence.

Hidalgo abandonó el laboratorio, situado en la planta superior de la base, con la sangre golpeándole en las sienes. Al bajar precipitadamente la escalerilla de mano estuvo a punto de caer encima de Nazrul, que pasaba en ese momento por allí. El indio le saludó amablemente y le preguntó qué habían encontrado.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó Hidalgo—. Quiero hablar contigo en privado.

Nazrul asintió y fueron al camarote donde dormían los tres oficiales. Sólo había sitio para las taquillas y una pequeña mesa con dos sillas. Encima de la mesa reposaba un mazo de cartas y un cuaderno electrónico donde apuntaban los resultados de las partidas. Hidalgo, Verdú y Busselo compartían un habitáculo más pequeño, aunque la ausencia del arqueólogo lo hacía llevadero. Reiss era el único que tenía derecho a un camarote para él solo.

—Verdú y yo no nos ponemos de acuerdo —comenzó—. Mi opinión es que Reiss debe seguir utilizando robots antes de arriesgar vuestras vidas.

—¿De qué murió Latham?

—Su cuerpo quedó carbonizado. La doctora opina que fue a causa de la exposición a un campo de microondas, pero yo no estoy seguro. Necesitamos investigar más.

—¿Cuánto tiempo llevaría eso?

—Días, quizá semanas.

—Semanas —repitió Nazrul—. No tenemos tanto tiempo.

—Están en juego vuestras vidas. Claro que hay tiempo para considerarlo.

—Nuestras vidas no importan. Es el bien común el que cuenta.

—Nazrul, ¿quién decide el bien común en cada momento?

—En nuestro caso, Reiss.

—Y si él te ordena que te tires por un barranco, tú lo harías.

—Es mi superior. Si me ordenase algo así, no lo haría por capricho; tendría una razón.

—No te entiendo.

—Estoy acostumbrado de pequeño a trabajar duro, he pasado por todo tipo de calamidades y finalmente he conseguido llegar aquí. Estoy en deuda con mi país y debo pagarla del mejor modo que sé.

—¿Qué tiene eso que ver con obedecer una orden absurda?

—No lo entiende. Yo me ofrecí voluntario. Reiss había elegido a Lev en primer lugar para bajar.

—¿Por qué... por qué lo hiciste?

—Estoy más preparado para descensos en vertical en baja gravedad. Lev nunca ha bajado al interior de una sima en la Luna; yo sí.

Nazrul había entregado su vida al Estado desde que tenía doce años, cuando sus extraordinarias dotes intelectuales y físicas levantaron la atención de sus profesores. Desde entonces no había conocido más que el deber. Jamás se había planteado cuestionar una orden, y su educación militar no le ayudó desde luego a desarrollar un pensamiento crítico. Rebelarse contra Reiss sería una cobardía, un deshonor y lo más grave, una traición hacia su país, que había confiado en él para la misión.

—No hemos viajado más de mil millones de kilómetros para dar la vuelta a la primera dificultad —dijo Nazrul.

—Estoy seguro de que Denison discreparía de esa opinión.

—Da por sentado que todo va a ir mal. Sea optimista por un momento. Bajo las chimeneas se esconde un tesoro que reportará beneficios incalculables a nuestros gobiernos. Merece la pena asumir ciertos sacrificios.

—Sin embargo...

—Agradezco su preocupación, de verdad —Nazrul se levantó—. Todo irá bien. Confíe en mí.

Hidalgo dudó si hablar directamente con Reiss serviría de algo. Lo intentó, pero el coronel alegó que estaba ocupado y que redactase un informe. Verdú, cogiéndole la delantera, ya le había comentado el resultado del análisis de los restos de Latham; pero seguro que aprovechó la ocasión para prevenir a Reiss sobre los extraños pensamientos de su colega, favorables a los intereses americanos.

Se retiró al laboratorio de geología. Aún no tenía muestras que analizar, pero ya disponía de un plano de la región a explorar. Si Reiss lo autorizaba, saldría hacia la zona elegida dentro de un par de días. Naturalmente, hablar de días en Titán no tenía mucho sentido, pero no se acostumbraba a pensar de otra forma. Miró por la ventana al exterior: el sol estaba detenido en la línea del horizonte, y su ascenso al cenit era tan lento que podría quedarse allí observándolo durante horas y apenas notaría alguna variación. La gravedad de Saturno había modelado la rotación natural del satélite, forzándolo a que coincidiese con el tiempo que empleaba en completar una órbita alrededor del planeta anillado; un fenómeno de mecánica celeste que se daba también en la Luna terrestre. No era una ventaja para los humanos; a ciclos prolongados de luz seguían largos períodos de oscuridad y los relojes metabólicos del cuerpo tenían que reajustarse a los ritmos artificiales que marcaban las luces de la base.

Amplió en la pantalla del ordenador la zona a explorar. Se hallaba a doce kilómetros de distancia al sudeste, en un lugar de relieve accidentado. Las sondas afirmaban que allí había corrientes subterráneas, pero faltaba por ver si eran de etano o de agua líquida. En este último caso, Titán debería contar con fuentes de calor en el subsuelo que derritiesen el hielo de agua. No estaba claro de dónde procedía ese calor, pues escaseaban los elementos radiactivos en el interior de aquel mundo, y era dudoso que hubiese una actividad convectiva del manto suficiente para generar volcanes. Si Titán hubiese estado más cerca de Saturno —aunque no demasiado— habría sido distinto. Ío, que formaba parte del sistema de lunas joviano, sufría virulentas erupciones a causa

de la marea gravitatoria generada por su cercanía a Júpiter, pero ese vulcanismo desbocado lo incapacitaba para la vida. Hallar un término medio estable en el cosmos era difícil; o hacía demasiado calor o demasiado frío. Encontrar islas apacibles como la Tierra era casi un milagro.

Aún así, la tentación de establecer paralelismos entre Titán y la Tierra era muy fuerte; su atmósfera estaba compuesta fundamentalmente por nitrógeno, aunque no había oxígeno gaseoso. Estudiar Titán era viajar hacia el pasado remoto de la Tierra, en la época en que la vida no había aflorado aún en el planeta azul. Si desentrañaba las claves del ciclo de la vida en Titán, estaría desvelando el misterio de la vida en la Tierra. Dos mundos tan distantes y a la vez conectados como vasos comunicantes.

En ocasiones el universo funciona a escala macroscópica igual que a nivel cuántico: si alteras un fotón entrelazado, también modificas su pareja, aunque se encuentre al otro lado de la Vía Láctea. Entre Titán y la Tierra existía ese nexo inexplicable, esa unión umbilical que trascendía el tiempo y el espacio.

Una relación mucho más estrecha de la que Hidalgo podía imaginar.

CAPÍTULO 5

Las protestas de Hidalgo no sirvieron de nada. Tal como Reiss anunció, Nazrul condujo el trineo a las chimeneas acompañado de Lev e Irina, con equipo de descenso y sistemas de protección individual antirradiaciones. Reiss, que había prohibido expresamente el uso de armas para no dañar la estructura alienígena subterránea, se quedó en la sala de control de la base, aunque permitió que Hidalgo y Verdú contemplaran la operación a través de una pantalla de seguimiento.

El indio se colocó el arnés de seguridad y desenrolló un poco de cuerda del cabrestante. Tironeó de los mosquetones para comprobar su solidez y echó un último vistazo hacia la tercera chimenea, por donde iba a bajar. Lev sacó del trineo un foco y lo orientó al interior del pozo. A treinta metros de profundidad se advertía un recodo.

—Bien, allá voy.

Nazrul entró en la chimenea e inició su peligrosa bajada, observado atentamente por Lev e Irina. Nada ocurrió hasta que alcanzó el recodo y se detuvo.

—El conducto... divid... dos —informó entre aparatoso ruido eléctrico—. Veo un... esp...

La comunicación se cortó. Reiss ordenó que un robot bajase a investigar.

Un minicóptero se zambulló dentro del pozo. Las imágenes que transmitió fueron espantosas.

El cuerpo de Nazrul había quedado carbonizado, con estallido de ambos globos oculares, pero su traje de presión permanecía de una pieza. Reiss logró balbucir por radio algunas órdenes de rescate del cadáver.

—Ya ha perdido a su primer hombre —le espetó Hidalgo en la sala de control—. Estará satisfecho.

Izaron el cadáver y lo introdujeron en una bolsa de plástico, pero la cremallera quedó enganchada a la altura del vientre y no podían cerrarla. Desistieron de su propósito y cargaron el cuerpo en la trasera del vehículo.

Lev aprovechó ese momento para sacar algo que había ocultado allí. Dirigió a Irina una mirada cómplice y regresaron a la boca de las chimeneas, manteniendo el objeto fuera del campo de visión de las cámaras integradas en sus cascos, para que Reiss no pudiese verlo.

Mirando hacia otro lado, Lev se acercó al pozo y tiró el aparato dentro, mientras Irina se apartaba discretamente unos metros. De inmediato, Lev corrió hacia el trineo para ocultarse tras él.

Una lengua de fuego brotó de la chimenea, produciendo un hongo de calor que se levantó sobre sus cabezas. La deflagración fracturó algunas placas de hielo y produjo un leve temblor en el valle. En la radio de sus cascos, un Reiss histérico exigía saber qué estaba ocurriendo.

Irina lo ignoró, simulando dificultades de recepción, mientras Lev se colocaba el arnés y se introducía en la chimenea.

La bomba de calor había emitido un pulso electromagnético para incapacitar cualquier dispositivo de vigilancia. Lev trató de convencer a Nazrul para que la usase, pero el indio, fiel a la disciplina castrense, rehusó desobedecer la orden de Reiss de que no se empleasen armas dentro de la estructura.

Bajó rápidamente treinta metros en vertical sin incidentes. La chimenea, o lo que fuese, se dividía en dos pasillos tubulares, lo bastante altos para poder caminar por

ellos si se agachaba un poco. En ese punto había muerto Nazrul.

Se quitó el cable y dudó qué camino elegir. Quizá diese igual. Cogió el desvío de la derecha y cruzó los dedos.

No sucedió nada. Acababa de batir el récord de supervivencia allí dentro. Aquel pensamiento le animó y siguió avanzando. La bomba había surtido efectos. Nazrul podría seguir vivo de haberle hecho caso a él en vez de a Reiss. El coronel tomó una decisión errónea y un hombre había muerto por su culpa, pero ya estaba hecho y Lev no podía atormentarse con esa idea.

Tenía que concentrarse en sobrevivir.

Una barrera plástica le impidió seguir avanzando. Lev tocó su superficie. Era elástica y blanda, y descubrió que si movía lentamente el guante, podía traspasarla. A continuación hundió su brazo derecho dentro de la membrana, luego una pierna, y seguidamente el resto del cuerpo. Se trataba de una válvula de presión, que utilizaba membranas en lugar de engorrosas esclusas de aire. Los sensores de su traje mostraron un descenso de presión de cuatrocientos milibares y una elevación de la temperatura hasta los cinco grados centígrados al otro lado de la pared gomosa. Las condiciones ambientales allí dentro eran bastante benignas, pero no había aire respirable. El analizador de su equipo detectaba un elevado porcentaje de helio, sin trazas de oxígeno.

El túnel se hizo más amplio y pudo caminar sin agacharse. De las paredes brotaba una iluminación indefinida de color azulado; no había fuentes visibles de luz, pero el resplandor, aunque débil, era suficiente para recorrer la galería.

Llegó a una escalera de pendiente pronunciada. La iluminación allí era menor y convertía los escalones en una trampa. Enfocaba la linterna en cada peldaño antes de posar el pie. Mientras bajaba, le reconfortó que los constructores de aquel laberinto tuviesen nociones de arquitectura compatibles con las humanas. De aquella escalera se deducía que tenían piernas, posiblemente eran bípedos y, por las dimensiones de cada escalón, el tamaño de sus pies no debían diferir mucho de los humanos. Si además relacionaba esos datos con la altura

del túnel que acababa de atravesar, podía presumir que su estatura era similar a la de un humano.

El final de la escalera desembocaba en una cámara a oscuras. No tenía puntos de referencia para orientarse y la imagen del cuerpo carbonizado de Nazrul acudió a su mente, alertándole del riesgo de dar un paso en falso. El haz de luz agitado nerviosamente a su alrededor no hallaba nada. Se volvió hacia la escalera por donde había venido para observarla mejor. Había bajado el equivalente a siete pisos, pero la cámara final no conducía a ningún lado.

Caminó en línea recta hacia el frente. Tenía que localizar una pared; a partir de ahí, podría trazar las dimensiones del recinto y hacerse una idea de dónde estaba.

A unos cincuenta metros encontró un muro sólido. Marcó el punto con una sustancia fosforescente y a partir de ahí caminó hacia la izquierda. Una abertura, una puerta, tenía que hallar algo.

Intentó comunicarse con Irina, pero no recibía señal. Tal vez creyese que había muerto, pues ignoraba lo que estaba pasando. Bueno, al no funcionar la radio se libraba de sufrir los ladridos de Reiss. Pero en aquellos momentos le hubiera gustado escuchar una voz conocida en su oído, aunque fuese la lengua de lija del coronel. Aquel lugar absurdamente grande y vacío, que ningún humano había pisado, le hacía sentirse insignificante y vulnerable. Tres personas habían muerto ya. Él podría ser la cuarta, e Irina la quinta; y cuando Reiss se quedase sin personal, ¿qué haría? ¿Enviaría el gobierno otra remesa de astronautas? ¿Cuál era el precio en vidas que la AEE estaba dispuesta a pagar para adueñarse de los secretos de Titán?

Su guante tocó una irregularidad que surgía de la pared. Lev se detuvo y enfocó la linterna. Unos hilos como de seda tejían una densa red tridimensional. Sacó un bote de muestras y un pequeño cuchillo para tomar una muestra.

Al tocar los filamentos, notó una corriente de aire que procedía del final del muro. Había activado algún sistema de turbina, tal vez un circuito de refrigeración. Siguió caminando hacia el lugar de donde surgía la corriente y su linterna encontró lo que esperaba: una hélice en funcionamiento. Y lo

más valioso: al otro lado había luz. Pero allí no tenía instrumental para desmontar la hélice y continuar su exploración.

Era hora de volver.

La cámara de su traje conservó intacta la grabación de los subterráneos. Era tal la excitación de Reiss que se olvidó de reprender a Lev por haber detonado un arma en la chimenea, aunque tal vez no fuese un olvido y la muerte de Nazrul pesase más en su conciencia que su dignidad ofendida de coronel.

Las imágenes fueron analizadas en la sala de control de la base por todo el equipo, y las observaciones de cada miembro quedaron cuidadosamente anotadas. Reiss ya tenía un informe exitoso para enviar a la Tierra y saboreaba anticipadamente su recompensa. Europa ganaba una baza fundamental a los Estados Unidos, y él estaba allí para contarlo. Aquella misión de funestos presagios acababa de transformarse en el logro más importante de la historia espacial. Si el cuartel general le ofreció el mando del *Lorentz* para librarse de él y que no volviese jamás, le había hecho el favor más grande de su vida.

Su buena estrella volvía a brillar, quién iba a decirlo. Reiss había pasado por momentos críticos a lo largo de su carrera de los que creyó que jamás se recobraría. El más delicado, su destino como capitán en el campo de entrenamiento de Dortmund, había estado a punto de hacerle trizas. No quería pensar qué habría sido de su vida si hubiese seguido ese camino. Maldita sea, no era la misma persona de entonces, había cambiado por completo.

Intentó festejar la ocasión con una botella de licor, pero nadie aceptó. La muerte de Nazrul empañaba cualquier manifestación de alegría y Reiss no era tan estúpido para ignorar que los demás le culpaban de ello. Guardó la botella

sin abrir y se marchó a su despacho a ultimar el informe que enviaría a la Tierra.

En ese momento, el sistema de vigilancia de la base les avisó de la presencia de una persona en la esclusa de entrada.

Se trataba de Denison. Se había enterado de lo ocurrido y venía a mostrarles su pesar. Hidalgo le abrió la escotilla, preguntándose si el americano no tenía otra cosa que hacer que espiarles.

—Lamento lo sucedido —dijo Denison, despojándose de su casco cuando la esclusa interior le franqueó el paso—. Pero no digan que no les advertí.

—Aquí las noticias vuelan —respondió Hidalgo—. ¿Cómo se ha enterado?

—Captamos un temblor que procedía de la zona de las chimeneas. Luego vi regresar a dos de ustedes en el trineo y sacar un cuerpo.

—Agradecemos sus condolencias. ¿Quiere tomar una taza de café con nosotros?

—Será un placer.

Entraron a la cocina. Lev, al percatarse de la presencia del americano, apagó los monitores que ofrecían las imágenes de las galerías alienígenas.

—Perdonen si les interrumpo —se disculpó—. Quizá debería volver en otro momento.

—No, siéntese —Hidalgo le ofreció una silla.

—¿A qué ha venido, Denison? —inquirió la doctora Verdú, arrugando el entrecejo—. ¿A ver de qué puede enterarse?

—No sé de qué está hablando.

—Seguro que sí —Verdú se volvió hacia Lev—. Vamos, díselo.

—Encontramos docenas de micrófonos ocultos en esta base —dijo el ucraniano—. Me llevó horas localizarlos, pero sospecho que tiene que haber más.

—Fue mi capitán. Verán, no sé qué directrices obedece o si actúa así por iniciativa propia, pero a mí no me interesa la política y considero lamentable el clima de tensión entre europeos y americanos. Vine aquí para realizar mi trabajo, y

me encantaría compartir mis datos con ustedes. No creo que deban rechazar mi ayuda porque sea americano.

—¿A cambio de qué? —preguntó Verdú.

—De colaboración mutua. He explorado los alrededores hasta un radio de treinta kilómetros, y conozco qué lugares están cubiertos por placas de metano muy frágiles que se convierten en gas al caminar por ellas. He traído algunos planos —les mostró un disco de datos—. Un paso en falso puede ser el último; tengo identificadas dos fuentes geotermales intermitentes y sus ciclos de actividad. Les sería muy útil de guía si les acompañase.

—No creo en sus buenas intenciones —desdeñó Verdú.

—Yo sí —dijo Hidalgo—. Echaré un vistazo a este disco en el laboratorio de geología.

La doctora se encogió de hombros y les vio marchar con cierto alivio. No le interesaba lo que Denison tuviese que decirles y las imágenes que Lev había traído requerían ahora toda su atención.

Cuando se hallaron en la planta superior, pasaron por delante de la enfermería y Denison se detuvo un instante frente al cristal de la puerta.

—Vaya, lo siento —dijo—. Realmente están en problemas.

—Se trata de Busselo —respondió Hidalgo a una pregunta no formulada—. No se recobró tras la hibernación.

—Si necesitan algo... Puedo enviarles el historial clínico a la NASA; quizá sepan qué hacer.

—Nuestros médicos en la AEE se están ocupando del caso.

—Tenemos bastante experiencia en hibernación y criónica —Denison pasó al laboratorio de geología—. Creo que podríamos salvarle.

—Si de mí dependiese, aceptaría esa ayuda ahora. Quítese el traje de presión. Estará más cómodo.

—Déjeme adivinar —Denison se lo quitó—. Reiss.

—Él no pedirá ayuda a la NASA a menos que no tenga otra alternativa. Equivaldría a reconocer que la agencia europea no sabe hacerse cargo.

—¿Y permitirá Reiss que ese hombre se quede postrado en la cama, sin agotar todas las posibilidades?

—Me temo que sí.

—Entiendo —Denison parecía abatido—. En el *Cronos* tenemos una unidad biomed. Latham era el médico de la misión y sólo él podía manipularla, pero como murió he tenido que aprender su funcionamiento.

—He oído hablar de esas unidades.

—Contiene componentes biológicos para identificar enfermedades y analizar muestras de ADN con mayor rapidez.

—Se lo comentaré a Verdú. Ella es nuestra médica oficial.

—No pretendo inmiscuirme en sus asuntos, pero si le sirve de algo, dígamelo. Bien, le mostraré los mapas —le entregó el disco—. Hallará cartografiadas tres zonas de interés al nordeste, al sur y al sudeste. Las he explorado personalmente y he reunido muestras de roca y hielo.

Hidalgo introdujo el disco en el lector de su ordenador. Un mapa en relieve apareció en la pantalla.

—Abarca cincuenta kilómetros a la redonda —explicó el americano—. Esa aspa central somos nosotros.

—Voy a salir pasado mañana a explorar esta región del sudeste. A doce kilómetros de la base.

—Hay una fuente geotermal cerca de un acantilado que tiene buena pinta, pero no podrá bajar con el trineo.

—Hay un paso a pie justo aquí —Hidalgo señaló un punto del mapa.

—No, es peligroso, ya lo intenté. Tiene que rodearlo y descolgarse por el acantilado. Allí el terreno es firme. Para abrir un agujero en el hielo necesitará una perforadora robusta. La mía se estropeó y sólo pude realizar un examen preliminar, pero le alegrará saber que he confirmado la presencia de una corriente de agua a quince metros, bajo la roca.

—Magnífico.

Denison dejó que Hidalgo examinase sus datos durante unos minutos. Cuando creyó que el momento había llegado, le preguntó:

—¿Han logrado bajar a las chimeneas?

Hidalgo alzó una ceja.

—Nazrul ha muerto cuando intentaba bajar. Supongo que eso contesta a su pregunta.

—Supone mal. El teniente Lev Stavrovo bajó después. Y regresó con vida —Denison sonrió—. Aún nos quedan algunos minibots en el *Cronos*. El capitán Hurt se empeñó en que uno les siguiera.

—Astuta maniobra.

—Cuénteme qué vieron ahí abajo, doctor Hidalgo.

—Lo siento. Me gustaría complacerle, pero Reiss me fusilará si se entera.

—No tiene por qué saberlo.

—Pero lo sabrá.

—Nuestro minibot ha visto cómo su gente instalaba ametralladoras automáticas alrededor de las chimeneas; un gesto que ha molestado mucho a Hurt.

—No me informaron de eso.

—Se dará cuenta de que este tipo de actitudes podría dar lugar a un incidente diplomático. No pueden impedirnos que nos acerquemos a las chimeneas.

—Estoy de acuerdo, Denison. La decisión ha partido del coronel, no de mí.

—Ya me lo figuro. Pero entenderán que no tienen derecho a reclamaciones territoriales. Nosotros llegamos primero a Titán.

—Transmitiré sus quejas a Reiss, aunque lo mejor es que Hurt se entienda directamente con él.

—Ya lo ha llamado, pero su coronel le acusa de violar espacio territorial europeo sin autorización y exige una disculpa formal del gobierno americano. Supongo que se refiere a la ocupación temporal de esta base.

—El infierno se congelará antes de que esa disculpa llegue —bromeó Hidalgo—. Usted parece un tipo razonable. No permitamos que los asuntos políticos nos impidan colaborar.

—Por mi parte no puedo darle más facilidades.

—Acompáñeme pasado mañana en el trineo. Reiss lo aceptará; mi trabajo le importa un comino —además, prefería tener a Denison de ayudante que a Verdú—. ¿Conforme?

—Claro, doctor Hidalgo.

—Ahórrate el tratamiento. Necesito echar un vistazo a las muestras que almacenas en el *Cronos*.

—Convenceré a Hurt para que no ponga pegas.

—Bien —Hidalgo esperó a que su colega hiciese ademán de levantarse, pero seguía allí—. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—Sí. Hemos descubierto una grieta cerca de aquí. Se produjo una fisura en el hielo después de que arrojarais la bomba dentro de la chimenea.

—¿Una grieta? ¿Cómo de grande?

—Unos cuarenta metros de longitud y veinte de profundidad. He enviado una sonda y ha detectado una estructura metálica en el fondo.

Sombras en Titán. 260 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniosuarez.es>